



Número 7

LA ALEGRÍA DE LA LIBERTAD

Dios nos hizo libres y nada anhelamos más intensamente que vivir en la libertad; no únicamente en la libertad física, sin ataduras ni restricciones, sino también y sobre todo en la libertad interior, esa que nos hace capaces de optar por algo que consideramos conveniente. El ejercicio de la libertad se manifiesta en hacer lo que realmente queremos; en poder elegir una meta y esforzarnos por alcanzarla; en actuar según las propias convicciones, sin que otro nos imponga su pensamiento. Claro que podemos adoptar el pensamiento de otra persona, pero entonces lo hacemos nuestro y no puede hablarse de imposición.

Por supuesto, para un buen ejercicio de la libertad, hace falta mucho discernimiento: tener adquiridos valores consistentes y distinguir con fundamento lo que es bueno y conveniente de lo que es nocivo o reprochable.

LA LIBERTAD, META DE TODA PERSONA

Todo genuino desarrollo de la persona es un camino hacia la libertad. Se madura en la medida en que se es libre. Todo acto auténticamente humano es un acto libre, y viceversa.

La primera experiencia del ser humano es un delicado juego entre autonomía y dependencia. Durante nueve meses, el bebé que se va desarrollando en el vientre de su madre depende totalmente de ella; a partir de su nacimiento, da comienzo en la vida de ese pequeño un proceso de progresiva autonomía: respira por su cuenta, ensaya nuevos movimientos, emite sonidos, se expresa con el llanto. Ese proceso es

lento, más de cuanto suele serlo en el caso de los animales. La dependencia del niño respecto a sus padres continúa por bastante tiempo, tanto en lo físico como en lo emocional.

Cuando un chico llega a la adolescencia –etapa en que deja de ser niño– siente a la vez una cierta nostalgia por el mundo que va quedando atrás y el ansia de experimentar la independencia; se ve, por muchos signos, que está cobrando conciencia de su libertad, pero que aún no sabe emplearla; por eso es tan fácil que la confunda con la tendencia a satisfacer sus instintos y caprichos. Su verdadera autonomía la alcanzará cuando adquiera el correcto sentido de la libertad, que es la capacidad de optar por propia iniciativa y con fundadas convicciones. Los objetivos que se proponga determinarán la calidad del ejercicio que haga de su libertad.

TAN LIBRES EN EL BIEN COMO EN EL MAL

Interesa mucho tener un correcto sentido de la libertad y ejercitarla adecuadamente. La libertad no se mide por cantidad, sino por el valor de lo que elige. Tanta libertad tiene el que comete un delito como el que cumple con un acto heroico. La diferencia está en el mal o buen uso que se hace de la libertad.

Otro importante aspecto a considerar es la dimensión interior de la libertad. Para un ejercicio correcto de la libertad es preciso poseerla ya interiormente. La LIBERTAD INTERIOR presupone estar libre de ataduras o esclavitudes internas, como son los vicios, las intenciones malignas, los prejuicios y la ignorancia.

CRISTO, MODELO DE HOMBRE LIBRE

Cristo es el ejemplo perfecto de persona libre y liberadora. Sólo a él podemos cantarle así:

“Cristo nos da la libertad,

Cristo nos da la salvación,

Cristo nos da la esperanza,

Cristo nos da el amor.

“Cuando luche por la paz y la verdad, la encontraré.

Cuando cargue con la cruz de los demás, me salvaré.

Dame, Señor, tu palabra.

Oye, Señor, mi oración”.

Cristo nos enseñó que la verdadera libertad es movida por el amor. Es la verdad que San Agustín resumió admirablemente en la sentencia: “AMA Y HAZ LO QUE QUIERAS”.

Cristo es el buen Pastor que proclama jubiloso: “Yo doy la vida por mis ovejas”, y añade: “Nadie me la quita, iyo la doy porque quiero!” (cf Jn 10, 18).

EL BEATO SANTIAGO ALBERIONE SERVIDOR SIN RESERVAS

El Padre Santiago Alberione (1884-1971), dócil a la acción del Espíritu Santo y atento siempre a los “signos de los tiempos”, fue un servidor incondicional de la Iglesia y un apóstol incansable. “Mientras haya algo por hacer, aún no hemos hecho nada”, era una de sus frases proverbiales, como también la exclamación: “¡Trabajemos, trabajemos! Descansaremos en el Paraíso”. Las palabras que siguen son de sus escritos:

“Hacerles el máximo bien a todos. A todos la ayuda de oración, de consejo, de palabra, de ediciones, de ministerio, de ejemplo.

“Me he propuesto no desperdiciar ninguna ocasión que el Señor me ofrezca para el ejercicio de la caridad; así debe hacerlo un verdadero religioso.

“El mayor bien en las clases, en la educación, en la instrucción. El mayor bien con la predicación: bien preparada y adaptada a las necesidades. El mayor bien en el confesionario: en cuanto médico, padre y maestro. El mayor bien en las ediciones: preparadas con espíritu pastoral. Contribuir a la diócesis según nuestra vocación.

“Dondequiera el ejemplo que edifique por la observancia de las leyes, incluso las de tránsito. Valerse de los medios a nuestra disposición para defender la verdad, la moral, la Iglesia. Prepararle a la patria buenos ciudadanos y gobernadores. Contribuir a la formación de gobiernos sabios. Apartarse de la política común e intervenir cuando ésta se aproxima al altar. Cooperar a todo apostolado...” (UPS III, 60-61).



**“Hagan a todos la caridad de la Verdad”
Beato Santiago Alberione**